

no siéndome posible socorrerla, por hallarme en mi quarto medio muerto por lo apretado del lazo, que me sufocaba. No puedo decir el tiempo que estuve en aquel peligroso estado, y solo sé, que luego que volví en mí, y me pude levantar, salí afanado en busca de mi esposa, pero no hallé el menor vestigio de ella. Reynaba en todo el contorno una grandísima quietud, y un profundo silencio, lo que añadido al horror de la noche, contribuía mucho á que se me hiciese mas sensible mi desgracia. Me volví á mi ya viudo lecho, donde solo habia quedado el tiernecito niño, el qual con sus dolorosos vagidos pedia el debido alimento á los pechos de su ya perdida madre. ¡Pobre hijito mio! exclamé entonces, ahogándoseme las palabras en las lágrimas. ¿Qué cruel destino te ha separado de aquella que te dió el sér, y te le conservaba, alimentandote con una porcion de sí misma? Eres bien desgraciado, hijo querido, pues solo te ha quedado un padre incapaz de sustentarte, y que sabe Dios si tendrá fuerzas para sobrevivir á la desventura que le oprime. Amada Dionisia mia, ¿qué mano sacrilega, qué malvado París te arrebató de los brazos de tu esposo, y te separó de tu hijo? Pero todas las cosas se hacian sordas á mis lamentos, y la Aurora, que ya comenzaba á despuntar, vino á renovar con mayor fuerza mi afliccion. Era puntualmente aquella hora, en que, abandonando las blandas y ociosas plumas del lecho, nos levantába-

mos losidos, y despues de haber rezado nuestras acostumbradas oraciones, íbamos todas las mañanas al jardin para gozar de aquella aura apacible que suele acompañar á la bellissima precursora del sol. La memoria de aquella inocentísima diversion, cuya mejor parte veía que me faltaba, me suspendió de repente todos los espíritus, de manera que caí en tierra, perdidos enteramente los sentidos, poco ménos que si estuviera muerto. Pero me dilataria mucho, y sería muy pesado y molestísimo á ustedes, si me detuviera en describir todas las extravagancias de un vehementísimo dolor, cuya fuerza no se comenzó á mitigar hasta pasados dos años. Procuré en este tiempo sustentar á mi pobre hijo con aquellos alimentos que me parecieron mas proporcionados á su tierna edad, y tuve el consuelo de verle criarse, y crecer prósperamente. Este era el único alivio mio, y tambien el único dique contra los freqüentes raptos á que me incitaban, alborotándome la imaginacion, mis furiosas manías. Comenzaba ya á mover sus piecitos, y á dar por sí solo algunos pasos, como tambien á pronunciar con lengua balbuciente algunas palabras, y contaba ya el niño seis años, sin que en todo este tiempo hubiese yo podido adquirir la mas mínima noticia de su madre. En vano habia escrito sobre el asunto á mi corresponsal, bien que este buen Sacerdote, no habiendo descubierto nunca rastro alguno seguro de Dionisia, me con-



solaba con sus christianas cartas, inspirándome resignacion, ánimo y valor para sufrir con paciencia mi desventura. En este medio tiempo, hallándome yo sentado al pie de un árbol no muy distante de aquí, en compañía de mi niño, poseído enteramente de mi acostumbrada melancolía, oí una voz, como á distancia de cien pasos, que pronunció claramente estas palabras: *Traidor, tú me has muerto; pero el cielo vengador de los inocentes, castigará quando menos lo pienses, tu delito, y te hará probar el rigor de su justicia.* Levantéme apresurado al oír dichas palabras, y corriendo hácia aquel sitio, de donde me pareció que habia salido la voz, me encontré con un hombre tendido en el suelo, bañado todo en su sangre, y ví á otro que se escapaba con un puñal en la mano. Arrojáme blandamente sobre el infeliz herido, viendo que todavía respiraba, le desnudé como pude de medio cuerpo arriba, y sacándole la camisa, hice de ella varias vendas, con las cuales restañé la sangre, y até una grande y profunda herida que tenia en el pecho. Toméle dulcemente por un brazo, y conduciéndole á mi gruta poco á poco, le eché sobre una cama para procurarle algun remedio. Tenia algunos preciosos bálsamos que habia heredado de mi amo Don Fernando, el qual siempre llevaba consigo algunos de ellos para lo que podia ocurrir, y aplicándole el que me pareció mejor, muy en breve dió señales de sanar, y

grandes esperanzas de vida. *Durmió un poco aquella noche, y yo me eché sobre un dolchon en su misma cama, haciéndole compañía hasta que amaneció el dia siguiente. Luego que me vió, se puso en pie como pudo, y mirándome de hito en hito: ¿quién eres tú, me dixo con voz lánguida y trémula, que has querido tomarte el trabajo de cuidar de un merecedor de mil muertes? Soy, le respondí, un hombre, que por la ley natural, y por la christiana que profeso, estoy obligado á socorrer á mi próximo. Entonces me miró mas fijamente, dió una ojeada por toda la estancia, iluminada ya bastantemente con los primeros rayos del sol, cerró otra vez sus ojos, volvióme las espaldas, arrancó del corazon un dolorosísimo suspiro, y prorumpió en un amarguísimo y copiosísimo llanto. No se hartaba aquel hombre de llorar, y me pareció que mi presencia le acrecentaba el dolor, por lo que tomé el partido de dexarle solo, pero dando orden á mi hijo, que estuviese á la mira, y me avisase de qualquiera novedad. Mientras tanto yo me fuí al huerto á proseguir ciertas labores que habia comenzado para su mejor cultivo. Podia haberse pasado como una media hora, quando me llamaron las voces del chicuelo, el qual gritaba á todo gritar diciendo: padre, padre, acuda usted aprisa, que el señor herido quiere acabarse de matar. Discurren us-*



tedes si al oír esto no me calzaria yo alas en los pies, y á la verdad, por poco que me hubiera detenido se habria acabado la tragedia. Llegué á tiempo que el enfermo se habia desatado las vendas, y desesperadamente se estaba rasgando mas la herida con las uñas, y brotaba de ella un torrente de su sangre. Soseguéle como pude, obligándole á estarse quieto, y le volví á poner el bálsamo que tanto le habia mejorado. Impacientísimo aquel hombre se volvía y revolvia hácia todas partes, sin atreverse jamás á mirarme derechamente á la cara. Era este un misterio que yo no podia comprender, y mucho ménos quando le oí decirme: buen hombre, tened menos piedad con un enemigo vuestro, y vengáos de mí, que os sobraré la razon, pues os lo tengo bien merecido. Fuera de esto os hago saber que es demasiada vuestra caridad, pues me pretendéis curar de otras heridas mas crueles, y harto mas dignas de vuestra cólera, que las que habeis visto hasta aquí. Pidoos esta merced por justa recompensa de mi maldad, y creedme que moriré muy contento, si lográre la fortuna de recibir la muerte por vuestra mano. Sea lo que fuere aquello en que me hayas ofendido (le respondí), que yo no lo sé, ninguna cosa será capaz de hacerme olvidar de lo que debo executar como hombre, y como christiano. Si me has ofendido, desde luego te perdono, y tú debes procurar vivir para darme

una sincera prueba de que ningun ódio tienes contra mí. Al oírme estas palabras parece que el herido se aquietó algun tanto, porque se mostró ménos furioso, y aun tomó de mi mano un ligero alimento que le suministré. Antes de dos dias la herida dió indicios de sanidad; disminuyóse mucho la calentura, y yo comencé á esperar, que dentro de poco quedaria enteramente curado.

Con efecto, viéndose ya fuera de peligro por mi cuidadosa asistencia, me llamó un dia, y haciéndome sentar junto á su cama, me habló de esta manera. Si un verdadero arrepentimiento puede merecer perdon entre los hombres, el mio es tal, que desde luego puedo prometerme de vos con toda seguridad esta gracia. Grande fué sin duda el delito que cometí habiendo sido cómplice en el rapto de vuestra amada consorte; pero sabed, que habiendo descubierto en ella una virtud de las mas perfectas y mas extraordinarias que se admiran en su sexô, me constituí su defensor contra los impúdicos intentos de mis malvados compañeros, y con efecto encontró en mí un invencible protector de su intacta honestidad. No pretendo hacer mérito contigo por esta mi declaracion, pues sé muy bien, que hubiera sido mejor dexarla en brazos de su marido, que defenderla contra las manos de los que la arrebataron de ellos. Ni la sangre que poco ha derramé por librarla de sus garras, y restituirla intacta á su esposo, quiero me sirva de otra cosa, que de persuadirte



á que no fuí yo el lobo rapáz que te arrebató tu inocente corderilla.

Un discurso como éste, que nunca esperaba oír, me sorprendió, me conmovió, me enterneció. Amigo, le dixé, te perdono todo lo que me ofendiste, y aunque me toca tanta parte en una injuria tan atróz y tan sensible, desde luego me confieso muy obligado al generoso valor con que defendiste el honor de mi querida Dionisia. Pero, así Dios te haga feliz en todo, ¿no me dirás por caridad dónde podré hallar aquella incomparable muger? Eso es, me respondió, lo que yo no os sabré decir. Luego que la arrebatamos de vuestro lecho, la llevaron mis compañeros á una casilla, distante una legua de aquí, donde ellos tenían no sé que conocimiento; allí la vistieron de hombre para engañar vuestras diligencias, y ocultarla á las de la justicia, dando por supuesto, que no dexaríais de recurrir á ella. En vano se valieron de todos los medios, de lisonjas, requiebros y amenazas para reducirla á sus adúlteros deseos. Resistióse constantemente á toda especie de seducción, y aun mas de una vez despreció con heroico valor los puñales y espadas desembainadas, que la pusieron al pecho y á la garganta los furiosos lascivísimos rufianes. Tengo por cierto que la decantada fidelidad de la esposa de Ulises no hubiera manifestado tanto espíritu y tanta constancia, si los pretendientes que la solicitaban, se hubieran valido mas que de pa-

palabras para traerla á sus malvados intentos. Entónces puntualmente fué quando el cielo me abrió los ojos, y conociendo todo el horror de mi delito, propuse borrar su fealdad, resolviendome á hacer quanto pudiese para preservar de la lascivia de aquellos insolentes y temerarios á una muger tan singular. Procuré persuadirlos á que siguiesen mi exemplo; pero desconfiado de conseguirlo, viendo que se encendian mas, quanto mas repetidas eran las repulsas, tomé finalmente el partido de ir ganando tiempo. Díxeles, que pues estaban tan resueltos á deshónrar una muger tan constante, era menester dar lugar á que el tiempo poco á poco la fuese disponiendo con irla borrando insensiblemente la memoria de su marido. Con el tiempo (les decía yo) se van amansando hasta los mismos leones, y hay mugeres tan fieras, que no se rinden á las amenazas, y hacen vanidad de no dexarse vencer de otra cosa que de la constancia y duracion de los servicios, de las complacencias y de los rendimientos. Muchas veces es en ellas obstinacion lo que parece virtud, y aquella no se supera sino con darlas en todo gusto. A estas es menester conocerlas bien el genio, para llevarsele adelante, en lugar de combatirle, y se las debe tratar con todas las atenciones del respeto, de la modestia, de la circunspeccion y honestidad. Abrazaron todos mi consejo, y dexando á la Señora Dionisia en casa de una muger que conocia-



ciamos; cada uno se empeñó en afectar de allí adelante una grandísima condescendencia á todo quanto creíamos que podia ser de su gusto. La visitábamos con frecuencia; pero siempre con la mayor modestia, cada uno á competencia se esmeraba en rendirla los obsequios y atenciones mas cortesanias, aunque todo era en vano para conquistar su virtud. No fué bastante el curso de los años para hacerla perder la mas mínima parte de su natural aversion á todo lo que la parecia ménos honesto: tanto, que los mas de los que la solicitaban, ó cansados de cortejar una hermosura tan rígida, ó atraídos de otros amores mas fáciles, ó encantados de su virtud, abandonáron voluntariamente la empresa. Solamente dos mas disolutos que los otros se empeñáron en llevarla adelante hasta los últimos días, en los quales, aburridos ya de esperar tanto, determináron dar el último asalto á la muger, resueltos en caso de no reducirla por bien, á usar con desenfrenada bestialidad de su honestísimo cuerpo. Tuve noticia de esta resolución, y espantado de ella, para librar á la infeliz Señora de tan dolorosa afrenta, determiné escaparme con ella, para restituirla á vuestros brazos. Tomámos bien nuestras medidas, y como habia visto las veras con que yo habia tomado la defensa de su honor, ningun reparo tuvo en fiarse de mí, entregándose á mi compañía. Saquéla de la casa donde estaba, y tomámos el camino hácia este parage,

don-

donde nos vinieron siguiendo los dos malvados mozos, y nos alcanzaron poco antes de llegar al sitio, en que vos me encontrasteis bañado en mi propia sangre. Uno de ellos se llevó por fuerza á vuestra amada Dionisia, y el otro me dió una puñalada en el pecho, abriéndome la mortal herida, que con tanta caridad me habeis curado. Esto es lo único que yo os puedo decir; lo que haya sucedido despues, lo ignoro tanto como vos. Señores (prosiguió entonces el Hermitaño) dexo á vuestra discrecion el considerar lo perturbado que mi ánimo quedaria con una relacion que me dexaba tan inquieto, y tan incierto como antes, fluctuando entre el temor y la esperanza. Pero en medio de eso no pude menos de concebir un grande amor á mi huesped, sin embargo de haber cooperado tanto al fatal principio de mis desventuras. Prendáronme tanto sus últimas christianas y generosas acciones, quanto horror me causaron las primeras. Estreché con él una cordialísima amistad, y tuve el gran consuelo de verle en pocos días dexar la cama, perfectamente curado de su peligrosa herida. Entonces me dió cuenta de su nacimiento, y hallé que era de lo mas noble y mas calificado de México, prometiéndome, que en restituyéndose á aquella Capital, haría tantas diligencias para saber el paradero de mi muger, como podria hacer yo mismo.

Así lo executó; porque habiéndose partido á México una mañana, al cabo de seis semanas



le ví entrar en mi gruta con grande admiracion mia. Amigo (me dixo luego que me vió, arrojandose á darme un estrecho abrazo), vive tu dignísima muger, y no solamente vive en el mismo estado en que la dexé, sino en otro mucho mejor, libre enteramente de las manos de sus infames perseguidores. Pocas horas despues de mi mortal herida, los dos enemigos suyos, vuestros y míos, se encontraron con una tropa de Soldados enviados por el Virrey para reprimir la insolencia de los Indios, que infestaban nuestros confines. Apenas los vió la Señora, quando comenzó á implorar su socorro con dulces lágrimas y con dolorosos gritos. El Oficial se movió á compasion, y haciendo prender á los dos infames mozos, despues que la afligida Señora le informó menudamente de su desgracia, los encerró en una prision, y entregó vuestra muger á la Virreyna, y aquella gran Señora, noticiosa de sus infortunios, la recibió en su palacio con el mayor amor, donde se mantiene muy estimada de todos, y tratada con particular distincion. Llegué á México, quando todos me creían muerto, y hallé que se habian expedido varias órdenes para que te se buscáse por todo el Imperio Mexicano, y te fuese restituida tu muger. Quise yo tomar la delantera á todos los emisarios para anticiparte una noticia, que te ha de llenar de tanta satisfaccion. Con efecto inmediatamente partí á dicha Capital, llevando conmigo á mi pequeñito hijo, y acompañándome tam-

tambien el agradecido Mexicano, despues de haber dexado bien asegurada mi solitaria habitacion. En el camino encontramos á los que la Justicia habia despachado para que me buscasen; díme á conocer á ellos, é incorporados todos, llegamos á la Corte de la Nueva España. Luego me fue restituida mi esposa; y los extáticos transportes de los dos por una aventura tan dichosa, como extraordinaria, son mas fáciles á la viveza de la imaginacion para concebirlos, que accesibles á la limitada fuerza de las palabras para explicarlos. Volví con ella á mi yermo, y viví en su amable compañía todo el tiempo que Dios fue servido dexármela en esta vida, con infinita satisfaccion de uno y otro. Nuestro feliz matrimonio fue por mucho tiempo el asunto de todas las conversaciones de México, y la fama de nuestros extraordinarios sucesos se extendió hasta la otra parte del mar. Murió Dionisia á los cinquenta años de edad, quando yo habia ya cumplido setenta y tres. Lloré su muerte tanto como se dexa considerar en un marido, que tan tiernamente la amaba; pero todos los dolores tienen fin, y yo poco á poco me fui olvidando de su pérdida. El Sacerdote mi corresponsal habia pagado ya el inevitable tributo á la naturaleza: pero sus herederos no fueron menos fieles, ni menos puntuales que él en proveerme muy á tiempo de todo quanto habia menester. Mi hijo, ya muy hombre quando murió su madre, sucedió á ésta



en las labores del huerto, y en otras ocupaciones de la familia. Es muy aficionado á la caza, y habiendose hecho traer de México una escopeta con cantidad de pólvora y municiones, me provee abundantemente de la mas delicada caza, asi de quadrúpedos, como de volatería que hay en este contorno. Ayer salió á este exercicio, y no volverá hasta mañana, porque hizo ánimo de dar una vuelta por estas llanuras circunvecinas, para alargar un poco mas su diversion favorita.

## CAPITULO X.

*Prosigue la Historia de Gil Blas. Parte á España el hijo del Hermitaño Motezuma; vuelve de su viaje, y las noticias que dió á Gil Blas de su familia.*

Asi terminó su historia (continuó Gil Blas) el virtuoso nieto del Emperador Motezuma. El Vice-Almirante y yo quedamos verdaderamente admirados de los sucesos tan extraños de su vida, y el saber que era de sangre Real añadió muchos grados á la reverencia, con que ya le mirabamos por su venerable ancianidad, y por sus exemplares costumbres. Yo desde luego

go hice ánimo á quedarme con aquel santo Hermitaño, con tal que él se dignase de admitirme en su compañía. Propúsele mi pensamiento, y él luego que supo quien era, no tuvo la mas mínima dificultad en recibirme. Mientras tanto volvió de su caza el hijo del buen viejo, trayendo consigo gran cantidad de volatería de todas especies, y de exquisito gusto, y se admiró mucho, quando vió la numerosa comitiva de los criados que nos servian, porque no se acordaba de haber visto tanta gente junta desde que le habia amanecido el uso de la razon. Vinole la gana de entrar en la marina, y me empenó para que habláse al Vice-Almirante, pidiendole la gracia de admitirle en el número de sus Oficiales; pero le respondí, que ante todas cosas debia solicitar el consentimiento de su padre, el qual á ruegos mios se le dió, aunque no sin mucha dificultad. Pocos dias despues partimos todos de conserva la vuelta de México, donde queria yo imponer en el comercio lo que me habia quedado de mis seis mil doblones, entregandoselos á los herederos del Sacerdote corresponsal de Don Fernando, para que negociasen con ellos, y de los réditos me enviasen cada año las provisiones necesarias para mi manutencion. El buen Hermitaño no se pudo despedir de su hijo sin muchas lágrimas, y sin obligarle á dar palabra de volver á verle, quando la flota hiciese otro viage á Vera-Cruz al cabo de dos años. Luego que llegamos á la